

puras máquinas, autómatas puramente materiales, un órgano, como él lo dijo, animado por el viento del fuelle y hablando bajo los dedos del artista. ¡Error profundo! Pero, de eso á declarar que el hombre también no era otra cosa, hay todavía un abismo, y este abismo, Cabanis, con un salto audaz, osó franquearle, y una vez en la ribera opuesta, proclamó que el hombre es materia, y nada más que materia.

Adoptad ese sistema si queréis; haced del hombre una máquina de vapor, y de su cerebro la caldera del pensamiento.

A Cabanis sucedió M. Berard, profesor de filosofía en la Escuela de París, decano de esa Facultad, Inspector general de las Escuelas médicas. El discípulo quizá ha sobrepujado al maestro, este apóstol ardiente y fogoso del materialismo fisiológico, siembra sus opiniones en el campo de la enseñanza con la mano más tranquila y la más pródiga.

Toma su escarpelo, anatomiza á un animal, y, no viendo más que materia, no habla sino de la materia.

Anatomiza á un hombre, y no viendo también más que la materia, no habla sino de la materia.

Abre su curso de fisiología, y como le es preciso, ante todo, dar á

sus discípulos una definición del hombre, la formula valientemente, y no halla embarazo en ello.

«El hombre, dice, es un mamífero, monodelfo, bimanio.» Lo que para las personas poco versadas en historia natural, tiene la significación siguiente:

El hombre es un «mamífero,» es decir, un animal como el mono, por ejemplo teniendo pechos para nutrir á sus hijos.

Monodelfo es decir todavía un animal, como el mono, por ejemplo, teniendo un sólo útero, en el cual se fecunda y se desarrolla su hijo, hasta que, llegado á su entera evolución, sale de allí para nutrirse del pecho de la madre.

Bajo este aspecto, el hombre es un poco diferente de los marsupiales, cuyos hijuelos, al salir del seno de la madre, entran en una bolsa situada debajo de su vientre, acaban allí su evolución, y salen para continuar su crecimiento, como los demás mamíferos.

El hombre, es en fin un «bimanio,» es decir, que tiene dos manos, no como el mono, esta vez, porque el mono es un cuadrumano, es decir, posee cuatro manos; ahora bien, como la mano es más perfecta que el pie, se sigue que el mono, bajo este respecto, es dos veces más perfecto que el hombre.

Habéis oído repetir muchas veces, según un célebre naturalista, que el hombre es un «animal racional.»

Esta definición tiene el error inmenso de hacer del hombre un animal, pero en fin, el epíteto que sigue á este substantivo, le da desde luego la razón.

También conocéis la definición de M. de Bonald: El «hombre es una inteligencia servida por órganos.» Esta es también imperfecta, porque no menciona la unión hipostática de los dos términos, pero tiene al menos el mérito de expresar que, ante todo, el hombre es espíritu.

Mas, en la definición del hombre del profesor de París, ¿qué veis? Al hombre materia, al hombre animal, al hombre mono!...

Así, un día, en los bosques de Sumatra ó de la Cochinchina, los orangutanes se reunirán para formar una Academia; y en esta asamblea, definirán al mono por unanimidad: «un mamífero monodelfo, cuadrumano,» y después, con una carcajada, y saltando de rama en rama, irán por el bosque, cantando su refrán democrático. los «pueblos son para nosotros..... hermanos!»

Esto me recuerda una muy fina sátira antropológica de M. Adolfo Glassbener, de Berlín: trátase de un orangután quien con una varita

en la mano, muestra á un público de animales, una jaula de hombres. «El hombre, dice, no tiene más que dos pies, es el animal que más se parece, á nosotros los monos, aunque trepa muy mal, y no puede romper una nuez sin el casca-nueces. Come y bebe disparatadamente, y, cuando cae enfermo, no sabe socorrerse, sino que se acerca á una criatura de su especie, de quien espera su curación; porque esa criatura lleva un bastón de puño de oro, y garabatea, con una pluma, algunas cosas sobre una hoja de papel.»

No os admiréis ahora de que ciertos imbéciles de piel blanca, nieguen la inteligencia á esas pobres bestias de la Habana ó de Nueva Orleans, á quienes se ha convenido en llamar negros. Esas bestias, en verdad, piensan y hablan como nosotros; ¿pero qué importa? Son animales negros criados y puestos en el mundo para servir de plantadores, y cultivar la caña de azúcar y de esta manera obtener.... fuertes latigazos.

«El hombre es un mamífero, monodelfo, bimanio.»

No me digáis que al dar esta definición, el profesor de París quiso sencillamente hacer entrar al hombre en la clasificación de la historia natural. Absolutamente, M. Berard es profesor de Fisiología, no lo ol-

vidéis, y cuando habla del hombre fisiológico, habla del hombre que «piensa, quiere y comprende;» no habla solamente del hombre animal, del hermano del orangután, del coinquilino del mono. en la jaula de los mamíferos.

M. Parchappe, en su «historia física del hombre,» después de haber hablado de ciertas analogías entre la estructura de los hombres y de los animales, agrega:

«Se han preocupado con esa semejanza de organización, para perder de vista la diferencia de naturaleza que separa la vida humana de la vida animal, y para confundir abusivamente en un mismo orden de seres vivientes con los animales, en una misma clase de animales con los mamíferos, y en una misma familia con los monos bimanos, al hombre que habla, piensa y cree en Dios.»

Detengámonos un instante después de estas tristes consideraciones, sobre estas hermosas palabras del profeta: «Homo cum in honore esset, non intellexit, et similis factus est insipientibus et jumentibus: El hombre no ha comprendido su honra y se ha hecho semejante á los insensatos y á los animales.»

Es preciso que sepáis ahora que, para explicar la acción del organismo, los fisiólogos materialistas no están aún de acuerdo. Así unos

atribuyen esta acción á la esencia misma y á la naturaleza de los tejidos. El músculo se contrae, porque está compuesto de fibras contráctiles; el corazón late en virtud de su propio movimiento, que le es comunicado por el juego hidrostático de la circulación, etc.: esto es pura mecánica.

Otros atribuyen esta acción á las combinaciones químicas. En este sistema todos nuestros movimientos se operan como la efervescencia que chisporrotea, cuando verificáis la mezcla de ciertas afinidades.—Así la digestión se hace por tales ácidos y tales sales, la respiración por medio de tales gases, etc.—Esta es pura química.

A esta Escuela fisiológica materialista, está opuesta otra Escuela no menos célebre, y quizá no menos absurda; es la Escuela de los animistas de quienes Stahl es el jefe, como ya lo he dicho. Solo os indicaré este sistema porque no tengo tiempo para detenerme en él.

Este sistema pone una alma en el hombre, pero da á esta alma una potestad demasiado extensa, y atributos que no puede tener. Así, ella es quien, no solamente nos hace pensar, hablar, querer, sino también aún, quien nos hace digerir, respirar, y preside, en una palabra, á todas nuestras funciones

orgánicas. Este sistema no resiste al examen; detened, en efecto por vuestra voluntad, la circulación de la sangre, por ejemplo!.....

La teoría de Stahl parece haber tenido su germen en la doctrina fisiológica desarrollada, un siglo antes de él, por el célebre Van-Helmont.

El metafísico de Bruselas admitía en nosotros, dos principios inmateriales, la «arquea,» principio vital, que penetra todo el cuerpo, y ejecuta las funciones de la nutrición, de la digestión, y combate las enfermedades; el «duumvirato,» principio inteligente ó alma propiamente dicha; este principio reside, no en el cerebro, sino en el estómago y el bazo, y resulta del acuerdo de esas dos vísceras.

Ese sistema, con algunas modificaciones, ha sido adoptado por la Escuela de Montpellier, que admite un «principio vital» en el hombre, es decir, una especie de fuerza oculta que sirve de punto de unión entre el espíritu y la materia. Bajo este respecto, es la Escuela más perfecta. Mas ¿qué importa que ella admita el vitalismo en teoría, si no lo admite en la práctica? ¿Qué importa que su fisiología y su patología sean vitalistas, si su terapéutica es organicista como la de la Escuela de París?

Ahora bien, como pronto lo veréis, es preciso, ante todo, en una

doctrina la unidad de los dogmas.

Pasemos á la «Patología.»

Entiéndase bien que aquí no se trata de las enfermedades quirúrgicas; ellas reclaman en todas las Escuelas, los mismos instrumentos y los mismos medios.—Acabamos de examinar al hombre sano, ahora vamos á examinarlo enfermo.—Pues bien, ¿qué cosa es la salud, qué cosa es la enfermedad, qué cosa es la vida?

Bien me guardaré de perder mi tiempo en ensayar la menor definición de esas palabras; los médicos han tenido un trabajo infinito para hallar una: todos han ensayado el frotamiento más vigoroso contra ese granito, pero jamás han obtenido chispas; todos han fundido sus riquezas en el crisol, pero jamás han podido descubrir el secreto de esa misteriosa alquimia; todos han rondado al rededor de ese palacio encantado, y como el extranjero de los cuentos árabes, nunca han hallado la puerta.

Y además, ¿para qué torturarse el espíritu por descubrir y comprender la esencia de las verdades? ¿Sentimos lo que hay en esas palabras? ¿qué nos importa lo demás? Los matemáticos, tienen sus axiomas, ¿por qué los médicos no tendrán los suyos? No se os demuestre que la parte es más pequeña

que el todo, que la línea recta es el camino más corto de un punto á otro. Nada diré de la causa esencial, radical de las enfermedades; ésta nos es completamente desconocida. Tampoco diré nada de la naturaleza de las enfermedades; asunto que siempre ignoraremos.

Nos detendremos, pues, en los fenómenos patológicos que pueden ser accesibles á nuestro razonamiento, y examinaremos sucesivamente, en las enfermedades, su «origen», su «manifestación» y su «fisonomía».

1.º—ORIGEN DE LAS ENFERMEDADES.—Ya os he dicho que la medicina, siempre arrastrada por la filosofía, había en todos los tiempos marchado á su lado, pero, sobre todo, la patología, es la que ha seguido esa gravitación. Notad además que, naturalmente, la fisiología engendra á la patología. En cada doctrina, en cada Escuela, la manera de considerar la enfermedad se deduce de la enseñanza especial de la fisiología, como la luz brota de la chispa, como el agua nace del manantial, como el fruto sale de la flor; esto es claro, y se comprende sin ninguna otra reflexión.

Por lo tanto, para los médicos materialistas, ¿de dónde vendrán las enfermedades? De una alteración particular y local de los órga-

nos, alteración que podrá ser sencilla ó complicada, pero que no afectará sino á los órganos, que no vendrá de más lejos, cuyo origen, en una palabra, se declarará todo en la circunferencia, sin jamás remontar á un centro cualquiera de acción primitiva. En esta máquina que se llama hombre, tal palanca, tal rueda, tal pieza se habrá desarreglado, y no se querrá examinar, si la causa de todo esto, remonta más arriba. ¡Qué importa, en efecto, puesto que no consideráis al hombre sino como á una locomotiva!

Hay más, la «enfermedad» no existe, para la Escuela organicista. «¿Qué me habláis, exclamó un día M. Piorry en plena Academia, qué me habláis de enfermedades? La enfermedad es una vana abstracción; es una entidad quimérica, un ser de razón; no hay sino estados organopáticos. En la viruela, por ejemplo, hay una faringitis, una conjuntivitis, una multitud de estados organopáticos, única fuente de las indicaciones terapéuticas, pero no hay enfermedad!...»

Ante semejantes errores, todos los comentarios son supérfluos.

Los médicos espiritualistas, por el contrario, harán depender las enfermedades, de una potestad inmaterial y oculta; y entonces será el alma, quien, directamente, im-

primirá tal desarreglo á tal ó cual órgano. Estos dos sistemas opuestos, son de tal modo absurdos, que no pueden soportar el más pequeño análisis.

Los médicos vitalistas hacen depender las enfermedades de una alteración radical del fluido vital, fluido que, ya lo hemos dicho, balancea sus oscilaciones perpetuas entre el espíritu y la materia.

Tal es el pensamiento de la Escuela de Montpellier, la que, lo repito, en esta parte de las ciencias médicas, está en la verdad, y que es tan inconsecuente que adopta una terapéutica materialista.

Hé aquí las tres opiniones principales que tienen curso actualmente en las escuelas alopáticas y que comprenden á las demás.

Mas si fuera preciso recorrer la historia de los sistemas, respecto al origen de las enfermedades, desde Hipócrates hasta Galeno y hasta nuestros días, sería hacer la historia de todas las locuras humanas, sería remover el fango de todos los errores posibles.

2.º.—MANIFESTACION DE LAS ENFERMEDADES.—¿Las enfermedades pueden existir sin traducirse al exterior por algunos fenómenos, que sellaman síntomas? Esto no es posible. Por profundas, ocultas y obscuras que ellas sean, es preciso que, el grito de la naturaleza que

sufre despierte alguna nota del organismo simpático.

Los síntomas son, pues, la manifestación de las enfermedades; son á la enfermedad lo que los colores á la pintura y los sonidos á la música.

Para la Escuela materialista, están siempre en los órganos. Para ella, siempre se trata de alteración material de los tejidos, de fenómenos puramente físicos en el desarreglo de los aparatos, ó de modificaciones químicas de los líquidos ó de los gases, etc.

La Escuela de Montpellier ha hecho una distinción entre la afección y la enfermedad, y esta distinción, renovada de Galeno, tiene la mayor importancia. Ella siempre ha estado animada de una santa cólera, al ver que las demás Escuelas confundían esos dos términos muy diferentes.

Así para ella, la afección es la perturbación primitiva y radical del principio vital, y la enfermedad no es otra cosa, sino la manifestación orgánica de esta afección.

Esta es una distinción de alta Escuela, porque todo esto no impide á los prácticos de Montpellier, despreciar casi siempre, la afección, para no atender sino á la enfermedad ó á los síntomas materiales y orgánicos; y esto digan lo que dijeren.

Si asistís á las consultas ó á las visitas de cien médicos alópatas, no tardaréis en apercibirnos que no comprenden absolutamente nada de la escala diatónica de los síntomas.

Hace poco os decía, que el grito de la naturaleza que sufre despertaba siempre alguna nota del organismo simpático. Pues bien, si queréis que os compare los síntomas de las enfermedades, á un piano de una extensión infinita, veréis que los tonos que los traducen, son también infinitos. ¿El dedo misterioso que recorre ese piano, herirá siempre las mismas notas para formar siempre los mismos acordes? Seguramente que no, ¿y si esos tonos y esos acordes son tan variados, producirán siempre los mismos matices armónicos?

¡Pues bien! ved lo que pasa todos los días en los consultorios de los médicos.

Los enfermos se suceden y entran por turno; vamos á suponer que son todos del campo, á fin de que observéis enteramente á la naturaleza, y vamos á poner en escena una enfermedad muy común, y que os será, sin duda, conocida y hasta familiar; esos buenos campesinos están casi todos atacados de reumatismo en la pierna derecha, por ejemplo.

El primero dice:

Señor yo padezco de la pierna, cuando no la muevo estoy bien, pero tan luego que quiero andar entonces sufro.

El segundo:

Señor, mientras ando, la pierna no me hace mal, pero tan luego que me detengo, sufro.

El tercero:

Durante el día, puedo soportar el dolor, pero durante la noche me es intolerable.

El cuarto:

Yo no sufro durante la noche, solamente durante el día, en la tarde ó á tal hora del día.

En fin, para abreviar, éste acusará un sensación de calor, y aquél una sensación de frío; otro de constricción, y otro de dilatación en el órgano. Para Pedro, el dolor será continuo, y para Pablo, será intermitente ó periódico; para Antonio será fijo, y para Guillermo será errático, etc. etc.

Ahora decidme, ¿todos esos gritos de la naturaleza deben ser entendidos é interpretados de la misma manera, por el médico que es su ministro? Evidentemente todas esas sensaciones tan diversas, son las manifestaciones de enfermedades bien diferentes, y natural es suponer que el práctico sabrá discernir todos esos matices, todos esos tonos, todos esos acordes; ¡y bien! nada de esto, ¡lo veis!..... su

prescripción es casi la misma, sus consejos casi los mismos; la diferencia podrá consistir en un vegigatorio más ó menos, en algunas sangrías, algunas fricciones más ó menos, etc., etc.; pero en el fondo, los labriegos recibirán la misma receta. ¿Qué sucederá entonces? Que esta receta curará tal vez á uno, á aquel que que convenga, pero á todos, imposible, puesto que no puede convenir á todos.

¡Ya veis cómo la alopatía comprende é interpreta los síntomas! es decir, que no los comprende y no los interpreta absolutamente. Ya veis, entonces que, en el piano del que os he hablado, la rutina al mover el manubrio, no toca sino el mismo aire.

3°.—FISONOMIA DE LAS ENFERMEDADES.—Todo esto nos llevará, naturalmente, á concluir que los médicos alópatas no entienden la fisonomía de las enfermedades.

Todos los seres tienen su fisonomía propia ¿por qué las enfermedades no tendrán también la suya particular, característica é individual?

Mas no habléis á la Alopátia de individualizar las enfermedades, ella no sabe más que generalizarlas;

defecto enorme que engendra siempre, cuando menos en esta parte de las ciencias médicas, la probabilidad de la confusión, y la posibilidad del error

Seréis un nosógrafo tan hábil como Pinel, desde el momento en que coloquéis á las enfermedades, como á las plantas y á los animales, en la clasificación de la historia natural, pero os exponéis á no reconocer sus atributos específicos, y á desconocer las verdaderas indicaciones terapéuticas

Todas aquellas cuyos nombres terminan en GIA, por ejemplo, como cefalalgia, cardialgia, etc., vais á tratarlas de la misma manera, es decir, por calmantes ó temperantes; todas aquellas cuyo nombre terminan en ITIS, por ejemplo, como hepatitis, enteritis, gastritis, etc., las tratareis de la misma manera, es decir, con piquetes de lanceta, sanguijuelas, vegigatorios, etc.

¡Y creéis, que la naturaleza sea tan complaciente para aceptar todas vuestras clasificaciones, y someterse á vuestras teorías de gabinete! Desengañaos y ved..... cada poesía requiere su ritmo, cada matiz su color y cada melodía sus acordes.